

Pedro Armendáriz

La vocación del actor

José Woldenberg

Gerardo de la Torre, PedrohijodePedro, Universidad de Guadalajara, 2006, 74 pp.

Somos, en muy buena medida, las historias que contamos de nosotros mismos. Y las historias que otros cuentan de nosotros son el lazo a través del cual se forjan las relaciones. Por eso las historias son algo más que pura memoria; son actos creativos.

Así lo escribió un rabino:

El ser humano es un animal que cuenta historias... Nuestro principal medio de comunicación es el relato. Nuestras historias nos definen, nos instruyen, nos crean. Sin nuestras historias, no existimos, como deja perfectamente patente la triste y difícil situación de quienes padecen amnesia... Nuestra historia es nuestro yo.

Y siempre podremos preguntarnos si “¿es el relato un espejo de quien lo cuenta, o el narrador acaba por parecerse al relato?”. (Rabí Rami Shapiro, *Cuentos jasídicos anotados y explicados*, Sal Terrea, Santander, 2005, pp. 26-27).

Como si se tratara de una conversación en un café, Gerardo de la Torre nos entrega un relato, una historia, un esbozo biográfico de Pedro Armendáriz. Es una especie de plática entre amigos que fluye por diferentes rumbos, que en apariencia no sigue una ruta de navegación, que oscila según el tema y el humor, pero que al develarse el conjunto, obtenemos una imagen aproximada de los días y los años en la vida de uno de nuestros actores más singulares.

George Steiner ha escrito que:

El café es un lugar para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y el cotilleo, para el *flâneur* y para el poeta o el metafísico con su cuaderno. Está abierto a todos...

Una taza de café, una copa de vino, un té con ron (está hablando de Europa) proporcionan un local en el que trabajar, soñar, jugar al ajedrez o simplemente mantenerse caliente todo el día. Es el club del espíritu... (George Steiner, *La idea de Europa*, FCE, Siruela, México, 2006, p. 34).

Y quiero imaginar que Pedro y Gerardo pasaron un buen número de horas frente a una taza de café (y a veces con bebidas un poco más fuertes) rememorando, soñando, inventando, jugando.

La columna vertebral del libro es la carrera de Armendáriz en el cine. Sus inicios, su paulatina separación de la arquitectura, su trabajo más allá de nuestro país, sus películas más logradas. Pero al mismo tiempo un rápido paseo por su infancia, por la relación con su famosísimo padre, sus recuerdos de un México desaparecido, las anécdotas que acompañan a la memoria, su familia. Se trata de un rompecabezas sencillo pero elocuente. Gerardo de la Torre ha dejado que sea la voz de Armendáriz la que se escuche y ha tejido un relato que se extiende como un mural sin fronteras claras.

Gerardo de la Torre es un narrador probado que maneja distintos registros. Desde el tono sombrío, derrotista, mortuorio de *Muertes de Aurora* (Aguas Profundas, Conaculta, México, 2004) hasta las fórmulas irónicas y finales ambiguos de sus cuentos policíacos (*La casa del mono y otros crímenes*, Ficticia, México, 2002), y hoy (nos) sorprende con un tono plácido y amable. No obstante, siempre destila su capacidad de contar, y de contar bien.

Quiero hacer un paréntesis. *Muertes de Aurora*, de Gerardo de la Torre, es una de

las obras más conmovedoras que he leído. En un universo delirante, alcoholizado, opresivo, se desarrollan las historias de unos trabajadores petroleros que tienen como espacio vital el movimiento estudiantil de 1968. Pero lejos del canto épico y edificante o de la novela pedagógica y panfletaria, Gerardo construye un ambiente sórdido, un laberinto sin salida, un espejo de la degradación no sólo de la política sino de las relaciones humanas. Hay que leerlo. Pero en esta entrega, por el contrario, nos ofrece un texto suave y sereno.

Pedro, por su parte, es un narrador de historias sin fin. Como buen actor, sabe representarlas: hace gestos, modula la voz, mueve las manos, sus cejas suben y bajan, hipnotiza a la concurrencia. Pero sobre todo entreteje historias y leyendas de tal suerte que crea un relato propio que transcurre entre la verdad, lo verosímil y el ensueño; como si su sensibilidad le indicara que su historia y sus aventuras no fueran suficientemente reales para sí mismo.

Pedro es, además, un hombre de formulaciones rotundas pero con un espíritu juguetón. Y esas dos características modelan un carácter entrañable. Dice “sus cosas” de manera directa, rotunda, enfática, y es capaz de repetir las una y otra vez. Pero al mismo tiempo, el tono (su tono) es lo suficientemente lúdico como para que sus dichos jamás aparezcan como una agresión, y para dar a entender, que en la vida “todo es según el cristal con que se mira”.

La antípoda de Pedro sería un hombre aburrido. Por lo menos el Pedro público, del que tengo una cierta idea, resulta vital, amigable, cálido. Como si tuviese la necesidad de que la gente que lo rodea se sienta bien.

Y por ello, en efecto, como dice el libro, es un muy buen amigo de sus amigos. Su ingenio está siempre al servicio de una conversación amena, una reunión agradable, una cena plagada de ironía y milagros.

¿Qué encontrará quien lea el libro? A un Pedro Armendáriz con sus historias y sus cualidades. Enumeremos algunas.

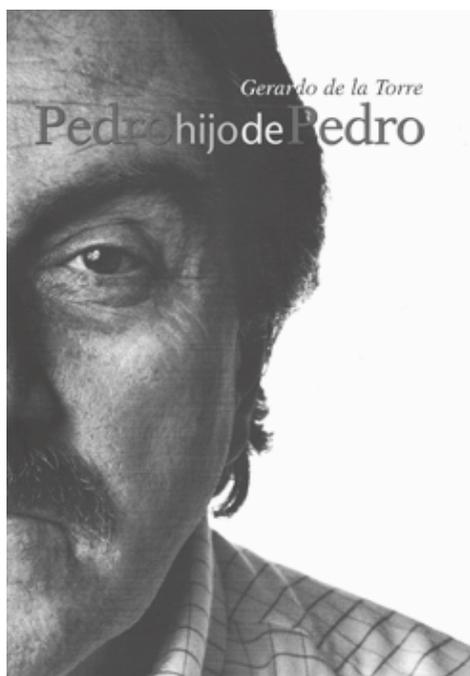
La constancia es uno de los atributos mayores de Pedro. Contra la imagen de la industria del espectáculo como sinónimo de frivolidad, las cifras de la filmografía de Pedro resultan contundentes. Debuta en el cine en 1966 en la película *Fuera de la ley* de Raúl de Anda hijo y desde ese momento hasta 1995, no hay un solo año en el que Armendáriz no haya participado en por lo menos una película. Treinta años ininterrumpidos de trabajo y más trabajo. En su año récord (1969) filma diez películas y en los que menos dos, de tal suerte que en esos primeros treinta años aparece en ciento treinta y un filmes, es decir, para los amantes de las estadísticas, en 4.4 películas en promedio por año.

En 1996, por primera vez, no hace ninguna película, pero a partir del año siguiente (1997) vuelve a retomar su vocación. Desde entonces y hasta el 2006 no hay un solo año en el que no aparezca en alguna película. Aunque su ritmo, otra vez para los fans de las estadísticas, sea más bajo: 2.3 por año (aunque el presente todavía no acaba).

Recoge Gerardo de la Torre la siguiente declaración de Pedro:

Mucha gente me pregunta por qué acepto partes tan pequeñas. Así es el trabajo. Y tampoco se trata de hacer siempre la gran parte, porque no le voy a quitar la chamba a Brad Pitt, ¿verdad?

Y creo ver en la respuesta de Pedro toda una declaración de principios: primero, el trabajo de actor requiere del carácter y la humildad suficientes para saber que en ocasiones se es el protagonista principal de la historia y en otras, un actor de reparto. Segundo, ésa es la naturaleza misma de una carrera cinematográfica. Tercero, no hay papeles secundarios. Y cuarto, no se tomen todo eso muy en serio; no hay que intentar desplazar a Brad Pitt.



Cito el libro, y ya no sé si el que habla es Pedro o Gerardo:

En la vida prolífica de un actor o de una actriz de cine, el catálogo de sus películas incluye obras malas y muy malas, de medio pelo, buenas y a veces muy buenas. Aun los más grandes (Olivier, Mastroianni, Brando, Jeanne Moreau, Anna Magnani) no se hubiesen atrevido a sostener que habían tomado parte únicamente en buenos filmes. Hay en cada caso, eso sí, películas que perduran en el recuerdo por calidades y calideces distintas de la cinematografía.

Y Pedro sabe que ha hecho de todo. Y sabe distinguir entre lo ordinario y lo sobresaliente. Así, por ejemplo, luego de repasar su papel en *Su Alteza Serenísima* de Felipe Cazals, dice del director:

Me interesa mucho el cine de Felipe porque hay en sus filmes una propuesta narrativa intensa, fundamentada en un propósito estético y un propósito ético. Es un cine muy digno.

Podríamos afirmar que Pedro encarna una larga época del cine mexicano. Él le ha dado rostro a multitud de personajes en decenas de películas. Pero (casi) todos sabemos que él es mucho mejor que la época que le ha tocado vivir..., y actuar. Y ésa es quizás una de las tragedias de nuestro cine: los acto-

res sobresalientes que no han encontrado suficientes proyectos de calidad. (Esto último, por supuesto, lo digo yo, no Pedro.)

Pero Pedro no es sólo un actor. Es también un promotor del cine. Sabe que las políticas públicas son necesarias para apuntalar esa industria que es al mismo tiempo una expresión cultural. Enemigo de la inercia y del azar en esa materia, se ha esforzado en el fortalecimiento del cine mexicano, en la búsqueda de fuentes de financiamiento, en la construcción de condiciones mejores para la producción, exhibición y recuperación de las películas mexicanas. Su paso por Arte / Difusión (como jefe de producción) y su labor en la Academia Mexicana de Ciencias y Artes Cinematográficas, atestiguan ese otro compromiso.

Además de cine, Pedro ha hecho televisión y teatro. Verlo en *El violinista en el tejado*, cantando, bailando, imprimiendo ese tono agrí dulce connatural a las comedias musicales, conjugando la sensiblería con el humor, es una grata experiencia. Y Pedro irradia gusto por su labor, calidez en la interpretación y la bonhomía que reclama el personaje. No obstante, Armendáriz es enfático: “me cautiva más el cine”, “el arte del siglo XX y quizá del siglo XXI”.

Hay, como bien rescata Gerardo de la Torre, una declaración de amor al cine. Dice Pedro: “siento que en el cine, haciendo cine..., se vive con gran intensidad...”. Y a partir de ahí, recuerda las discusiones y las tensiones connaturales al oficio, pero también las amistades añejas, las que ha tejido a lo largo de una vida de trabajo, esfuerzo y solidaridad. Quizá por ello el libro termina con un toque melancólico. Dice Armendáriz:

Veo con cierta tristeza que cada día se va perdiendo aquello de vivir el cine como una experiencia romántica y amistosa. Eso ha sido muy importante para mí. Por eso el cine ha dejado en mí, en mi memoria, una marca imborrable.

Al final, el libro es una historia digna de leerse, un mural inacabado, la aproximación a una vida productiva, el gusto y la tenacidad por una labor. Gracias a Pedro Armendáriz y a Gerardo de la Torre. Han elaborado una obra muy disfrutable. ▣